

EL

ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena, Liberate Monella y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Martes 25 de Setiembre.

El Eco de Cartagena

EL CORAN.

I.

No es posible desconocer la grande influencia que las leyes religiosas, políticas y civiles han ejercido, ejercen y ejercerán siempre en el estado moral, intelectual y material de los pueblos, y no puede por lo tanto ignorarse que, según el grado de civilización oportuna, adecuada de aquellas, habido en cuenta el momento histórico, en que hayan sido llamadas a intervenir sus benéficas prescripciones en pro de los intereses de la humanidad, así las sociedades han mejorado paulatinamente sus varias pero relaciones de esfera de acción, no sin honda consecuencia, debidas á la innegable imperfección de la racional criatura, ó hanse visto sumidas en una serie de titánicas luchas, de grandiosos horrores, de vertiginosos é inesperados acontecimientos, á cuya terminación violenta nunca, jamás los pueblos atemorizados, fatigados y por el in diferentísimo corroidos dejaron de encontrarse bajo las férreas y pesadas plantas del despotismo en alguna de sus múltiples manifestaciones.

Esto es claro, óbvio, de facilísima comprensión, y al par de nuestro sentido íntimo nos lo dicen elocuentísimas páginas de la historia, de ese severo libro, siempre consultado con provecho cuando bien se le sabe manejar, que ilumina las inteligencias de los que se, poniéndoles de manifiesto las virtudes y vicios, y grandezas y debilidades de los que fueron, y muy en particular nos lo demuestran aquellas que se ocupan de los árabes, esos hijos ardientes del desierto que, pocos, pobres y divididos, llegaron á amedrentar al mundo conocido en los calamitosos tiempos medievales, hubieran conquistado la Europa entera, que á la sazón habria escuchado las voces de sus mazuzas, llamando á la oración y al recogimiento desde lo alto de las altas basílicas romanas, sin la indomable energía y constancia de nues-

tros altivos padres y el vigoroso brazo de Carlo Magno que, contuvieron y enfrenaron aquel impetuoso torrente que impelido por el mas ciego de los fanatismos, pretendiera inundar nuestro planeta.

¿Qué no admira el rápido desarrollo, crecimiento, fuerza y poderío adquiridos por los descendientes de Sem en el corto trascurso de un siglo de solo cien años, y como sus prodigiosas evoluciones no pueden menos de escitar la atención en grado altísimo de todo hombre serio, pensador y reflexivo, ofreciéndole á su consideración y detenido estudio de cuánto no es capaz un pueblo emprendedor y activo cuando es impulsado á obrar por grandes móviles, siquiera estos algunas veces sean bien injustos!

Nace Mahoma, según unos el año 750 de nuestra era, según otros en el 571, y al exalar el último suspiro en el 632 entre los brazos de Aiscia, una de sus mujeres favoritas, exclamando: «Señor, ten misericordia de mi; concédeme un lugar entre aquellos á quienes has elevado en gracia y en favor,» dejándoles á sus inconsolables discípulos un libro denominado «Al-Coran» como fruto de sus viajes, estudios, meditaciones y éxtasis libro que estaba destinado á ser el Código civil, político y religioso del mahometismo hasta en nuestros mismos días, cambió por completo la manera de ser de aquellas indisciplinadas hordas, sumidas en los horrores de la idolatría, que aceptando las nuevas doctrinas predicadas, y aceptándolas con el ardor propio, característico de la sangre que sentían en sus venas hervir, las hicieron germinar y florecer desde el Indo al Océano Atlántico, desde el Jaxartes hasta el mar de Eersia.

¿Qué encontraron, pues, los árabes en el Ceran, cu les principios é instituciones mediante los que tantas pasmosas conquistas realizaran, fundaron poderosísimos y dilatados reinos, algunos luminosos centros de civilización y cultura en aquellos agitados tiempos, y entre otros grandes resultados ocasionaron relacionar una vez mas, aunque por medio del hierro, al Oriente con el Occiden-

te, haciendo que este y aquel mutuamente se apropiasen cuanto en sus respectivos grados de civilización les correspondian, determinado una mejora, un adelantamiento, un real progreso?

II.

Caracterizaba á los tiempos medievales, á esa época oscura de la historia en la que el individuo sufría horriblemente mientras las sociedades se depuraban, la falta absoluta de unidad, de enlace y armonía en todas y cada una de las esferas propias de acción de un Estado, entonces no bien comprendidas ni deslindadas; guerras interminables, esternas é internas, crueles, bárbaras, que ensangrentaban de continuo los desparramados restos de aquel inolvidable imperio; debido muy principalmente á la vencedora espada de Julio César ó la diplomática astucia de su sobrino Octavio, y entre aquellas enconadísimas revueltas y grandiosidades y miserias en que intervenian ciega é inconscientemente reyes, monjes, barones y pueblo, el hombre pensador y reflexivo podía observar que solo ibanse desafiando de tan negro cuadro poderes como el de la Iglesia, basado en una inquebrantable unidad y muy severa disciplina, atenta á las circunstancias, disciplina y unidad que podía oponer y opuso con satisfactorio resultado al torrente de bastardas pasiones que imposibilitaba la formación y consolidamiento de potentes reinos, repúblicas ó imperios capaces, por si solos, de atender á las múltiples necesidades del individuo como ser social considerado.

Mahoma fue uno de esos hombres pocos serios y reflexivos, superiores al siglo en el que la luz viesan, uno de esos espíritus ilustrados, fuertes y tenaces, que mediante los conocimientos adquiridos del estado de su pueblo y del de otros varios á quienes visitara en sus correrías comerciales, sus pláticas y discusiones con cristianos, árabes y judíos, su estancia en un monasterio de la Siria donde le predijeran el lisonjero porvenir que le aguardaba, y sus frecuentes meditaciones á que era

muy dado, como todos los seres elevados, determinó, considerando la gran diversidad de sectas y absurdos existentes en todas las creencias por él conocidas, y especialmente en las que sustentara su propio pueblo, sus mismos hermanos, determinó, decíamos, reducir esas creencias á una sola de sencillísimos dogmas, moral nada exigente y preceptos muy en armonía con la índole especialísima del pueblo que los había de acatar, á fin de que, debido á esa unidad de que carecía, obtuviera su inmediato y preciso resultado, la fuerza y con esta el poderío.

Este fué el principalísimo objeto que se propusiera Mahoma realizar, y en verdad que no pudo quejarse de la inconstante fortuna, casi siempre adversa, hostil al genio, al hombre de propósitos dignos y levantados.

No hay mas Dios que Dios; un solo Dios y ninguno fuera de él. En estas la cónicas palabras encuéntrese la regla esencial, primera básica del islamismo, que reconociendo un solo y único Hacedor de los mundos que ruedan por el espacio, séf bueno, omnipotente, eterno y puro; ángeles ministros suyos encargados de velar al hombre y anotar hasta sus mas insignificantes actos, y otra vida mas allá de la inevitable muerte; admitiendo lo revelado á Abraham, Ismael, Issac, Jacob y á las doce tribus y las doctrinas de Moisés, de Jesús y de los profetas, sin establecer diferencia entre ellos, y preceptuando ayunos, limosnas, peregrinaciones que todo buen creyente debe verificar por lo menos una vez en su vida, salvo justas excepciones; y la guerra santa, es decir, la obligación de combatir contra los infieles sin tregua ni descanso; á preceptar, admitir y reconocer todo esto cambió, como ya lo dejamos indicado, la manera de ser de aquellos idolátras; dueños únicamente de vastísimos y ardientes arenales, aduaras humildes y numerosísimos rebaños que en cumplimiento de las leyes del audaz reformador preparábase á conquistar la tierra, persuadidos de que venciendo, el mundo entero aterrado